

4º. Domingo de Cuaresma. Año A

Lectio divina sobre Jn 9,1-41

Jn 9 es un magistral relato, sin paralelo en la tradición sinóptica, que, sin embargo, ofrece varias narraciones de curación de ciegos: Mc 8,22-26; Mt 9,27-31; Mc 10,46-52; Mt 20,29-34; Lc 18,35-43. El encuentro de Jesús, luz del mundo (9,5) con un ciego de nacimiento más que relatar otro milagro describe un preciso itinerario de fe (9,11.17.33.38) y, al mismo tiempo, un camino imparabile hacia la incredulidad (9,2.34.41). El episodio, de hecho, se abre con una pregunta de los discípulos: *¿es pecado la ceguera?*; acabará mostrando que el pecado de ceguera no está en no ver la realidad, sino en no creer en Jesús, luz del mundo.

A la presentación del hecho milagroso (9,6-7) sigue un **diálogo** que mantienen diversos interlocutores, siempre en presencia de Jesús o de el ciego, un diálogo que se convierte de hecho en un auténtico **proceso** sobre la realidad del milagro y, más en especial, **sobre la identidad del taumaturgo**: el centro de interés se desplaza del ciego de nacimiento a Jesús, luz del mundo. El ciego, un conocido mendigo, da testimonio de su curación ante gente que lo conoce bien (9,8-12), es interrogado por fariseos (9,13-17.24-34) e, incluso, por sus padres (9,18-23), todos incrédulos, unos por conocer de siempre al ciego, otros por desconocer a Jesús. A algunos lo sucedido les cuestiona, otros se construyen razones para negar la evidencia (9,16). El ciego, que ha alcanzado primero la luz (9,7), después la fe (9,35-38), acabará por ser expulsado de su comunidad, por no poder negar lo que veía tan claro (9,34). En realidad, en el proceso que las autoridades hacen al nuevo vidente (9,13-34), la auténtica sentencia no la dictan los jueces sino el acusado *in absentia*, Jesús (9,40-41).

En aquel tiempo, ¹pasando Jesús, vio un hombre ciego desde su nacimiento. ² Y le preguntaron sus discípulos, diciendo:

“Maestro, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que naciese ciego?”

³Respondió Jesús:

“Ni éste pecó, ni sus padres: mas para que las obras de Dios se manifiesten en él. Me conviene obrar las obras del que me envió, entre tanto que el día dura: la noche viene, cuando nadie puede obrar.

⁵Entre tanto que estuviere en el mundo, luz soy del mundo”.

⁶Esto dicho, escupió en tierra, é hizo lodo con la saliva, y untó con el lodo sobre los ojos del ciego. ⁷Y le dijo:

“Ve, lávate en el estanque de Siloé [que significa Enviado].

Y fue y se lavó, y volvió viendo.

⁸Entonces los vecinos, y los que antes le habían visto que era ciego, decían:

“¿No es éste el que se sentaba y mendigaba?”

⁹Unos decían: “Este es”. Y otros: “A él se parece”. El decía: “Yo soy”.

¹⁰Y le preguntaron:

“¿Cómo te fueron abiertos los ojos?”

¹¹Respondió él y dijo:

“El hombre que se llama Jesús, hizo lodo, y me untó los ojos, y me dijo: Ve al Siloé, y lávate: y fuí, y me lavé, y recibí la vista”.

¹²Entonces le dijeron: “¿Dónde está aquél?” El dijo: “No sé”.

¹³Llevaron a los fariseos al que antes había sido ciego. ¹⁴Y era sábado cuando Jesús había hecho el lodo, y le había abierto los ojos. ¹⁵Y le volvieron a preguntar también los fariseos de qué manera había recibido la vista. Y él les dijo:

“Me puso lodo sobre los ojos, y me lavé, y veo”.

¹⁶Entonces unos de los fariseos decían: “Este hombre no es de Dios, que no guarda el sábado”. Otros decían: “¿Cómo puede un hombre pecador hacer estas señales?” Y había disensión entre ellos.

¹⁷Vuelven á decir al ciego: “¿Tú, qué dices del que te abrió los ojos?” Y él dijo: “Que es profeta”. ¹⁸Mas los Judíos no creían de él, que había sido ciego, y hubiese recibido la vista, hasta que llamaron á los padres del que había recibido la vista ¹⁹Y les preguntaron, diciendo:

“¿Es éste vuestro hijo, el que vosotros decís que nació ciego? ¿Cómo, pues, ve ahora?”

²⁰Respondiéronles sus padres y dijeron:

“Sabemos que éste es nuestro hijo, y que nació ciego. ²¹Mas cómo vea ahora, no sabemos; ó quién le haya abierto los ojos, nosotros no lo sabemos; él tiene edad, preguntadle á él; él hablará de sí”.

²²Esto dijeron sus padres, porque tenían miedo de los Judíos: porque ya los Judíos habían resuelto que si alguno confesase ser él el Mesías, fuese fuera de la sinagoga. ²³Por eso dijeron sus padres: Edad tiene, preguntadle á él. ²⁴Así que, volvieron á llamar al hombre que había sido ciego, y le dijeron: Da gloria á Dios: nosotros sabemos que este hombre es pecador. ²⁵Entonces él respondió, y dijo:

“Si es pecador, no lo sé: una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo”.

²⁶Y le volvieron a preguntar:

“¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos?”

²⁷Les respondió:

“Ya os lo he dicho, y no habéis atendido: ¿por qué lo queréis otra vez oír? ¿queréis también vosotros haceros sus discípulos?”

²⁸Y le ultrajaron, y dijeron:

“Tú eres su discípulo; pero nosotros somos discípulos de Moisés. ²⁹Nosotros sabemos que á Moisés habló Dios: mas éste no sabemos de dónde es”.

³⁰Respondió aquel hombre:

“Esto es lo sorprendente, que vosotros no sabéis de dónde sea, y a mí me abrió los ojos. ³¹Y sabemos que Dios no oye a los pecadores: mas si alguno es temeroso de Dios, y hace su voluntad, a éste oye.

³²Jamás se ha oído decir que abriese alguno los ojos de uno que nació ciego. ³³Si éste no fuera de Dios, no pudiera hacer nada”.

³⁴Le respondieron:

“En pecado has nacido, ¿y tú nos enseñas?”

Y le echaron fuera.

³⁵Oyó Jesús que le habían echado fuera; y hallándole, le preguntó:

“¿Crees tú en el Hijo de Dios?”

³⁶Respondió él, y dijo:

“¿Quién es, Señor, para que crea en él?”

³⁷Y le dijo Jesús:

“Ya lo has visto, el que habla contigo, él es”.

³⁸Y él dice:

“Creo, Señor”.

Y se postró ante él.

³⁹Dijo Jesús:

“Yo he venido a este mundo para un juicio, para dar la vida a los ciegos y para privar de ella a los que creen ver”.

⁴⁰Al oír esto, algunos fariseos que estaban con él le preguntaron:

“¿Acabo también nosotros somos ciegos?”

⁴¹Jesús respondió:

“Si fuerais ciegos, no tendríais pecado: mas, como decís que veis, vuestro pecado permanece.”

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

En el camino Jesús se topa con un ciego de nacimiento, un hombre que nunca había visto la luz. Aunque fortuito, el encuentro se realiza por iniciativa de Jesús. Y mientras él ve al hombre, sus discípulos se preguntan el porqué de su ceguera. Del encuentro con Jesús seguirá la sanación; de la pregunta de los discípulos, una discusión ‘teológica’ inútil.

Jesús no explica el origen de la enfermedad, pero libera de responsabilidad a quien la sufre. No es él culpable; la seria incapacidad es ocasión de que Dios manifiesta su salvación y Jesús, obediente, la realice. El mal es un lugar, y el motivo, para que Dios actúa. Antes de dar luz al ciego, Jesús se declara luz del mundo.

Después de la auto-revelación, el milagro, que es descrito con sobriedad: el gesto ‘recuerda’ el acto creadora de Dios (Gn 2,7); sólo quien es ya la luz la puede conceder. Y lo hace de forma gratuita: Jesús ni pidió fe previa, ni esperó reconocimiento luego. Pero el ciego, antes de comenzar a ver, tiene que comenzar a obedecer e ir a lavarse en la piscina de Siloé. Es la **primera etapa** de su camino de fe. En Siloé logrará ver. La obediencia que le obtuvo la curación es el modo de comenzar a creer.

Los primeros en reaccionar, sorprendidos, son los que mejor lo conocían. Sus vecinos tienen duda, pues, de que sea realmente el ciego de siempre. El hombre tiene que probar que es él, narrando el milagro. Abrir los ojos a ciegos es tarea del mesías esperado (cf. Is 42,6.7; 49,6.9). El ciego puede narra lo que le ha sucedido, pero no conoce a su benefactor. De este modo, vecinos y conocidos son testigos de un milagro en el que no creen.

Testimoniar la propia experiencia es la **segunda etapa** hacia de la fe. El recién sanado tendrá que afrontar un largo proceso y será castigado. Los fariseos, adversarios de Jesús no del ciego, no pudiendo negar el hecho, desacreditan al autor: Dios no puede estar con quien viola el sábado. ¡Fundados en la ley de Dios se niegan las obras de Dios!. Con tal de no creer bien vale un argumento ‘teológico’. Primero se puso en duda la identidad del ciego; ahora, la de Dios; luego, la de Jesús.

No se cree al ex ciego, que pierde incluso su propia familia. Con todo, no puede él imaginar siquiera que sea pecador quien es capaz de sanar. Es la **tercera etapa** en su lento camino hacia la fe. Mientras otros lo consideran un pecador, él ve en Jesús a un profeta, título que en Jn se usa en relación a la misión de Jesús. (4,19; 9,28). El hecho es que, mientras los jueces rehúsan aceptar la evidencia, el sanado va haciendo un lento camino de fe: confesar a Cristo puede ocasionar rupturas en la familia y marginación en la sociedad.

El hombre es sometido a nuevos y más duros interrogatorios: debe, le dicen, dar gloria a Dios..., ¡negando su obra! Pero él no juzga, se aferra a los hechos: era ciego, ahora ve. Los opositores saben, en cambio, que es pecador, pero conocen de

dónde viene. A medida que transcurre el interrogatorio, el ciego se acerca siempre más a la fe (9.11.17) y a la condena de quienes no quieren ver los hechos (9,34). Es en esta 'ceguera' – la del que no quiere ver – donde resplandece el pecado (9,41).

Jesús vuelve a la escena (9,35-38) para encontrarse de nuevo con este hombre, sanado pero marginado por haberle defendido. En este segundo encuentro – **la etapa central**– llega a la fe verdadera: primero conocía a su benefactor sólo de nombre (9,11); después, lo considera profeta (9,17), hombre acreditado por Dios (9,30-33), para acabar confesándolo hijo del Hombre (9,35), término de la experiencia prometida a los que le siguen (1,51). Para llegar a la fe (9,36) – rasgo típico de Jn – ha tenido que reencontrar a Jesús, que se deja ver de quien tiene fe (9,37). La fe hace 'ver' no sólo a Jesús, su persona, sino también su identidad verdadera.

Acaba el itinerario de fe del ciego, iniciado con la apertura de los ojos y completado con una explícita confesión de fe (9,38) en Jesús, hijo del hombre (9,35) y luz del mundo (9,5). Sin la palabra del Jesús reencontrado (*lo has visto ya y lo ves*), el ciego habría continuado viendo, pero no habría empezado a creer. Su reacción es típicamente cristiana: ve y cree, cree y adora (9,38) por mucho que le cueste. Una frase final de Jesús aclara todo el episodio (9,41). Hay quien es incapaz de ver, como el ciego de nacimiento, y hay que no quiere ver, como los fariseos: en el primer caso, no hay responsabilidad; en el segundo, ese es su pecado y permanece tal. Esa es la ceguera producida por el pecado, un pecado que no es otro que la obstinada negación a recibir en Cristo la luz del mundo (9,41; cf. 9,4-5).

II. MEDITAR: *aplicar lo que dice el texto a la vida*

La escena se abre con el encuentro de Jesús y sus discípulos con ciego. Mientras Jesús *ve el hombre* necesitado de salud, los discípulos se preguntan por su responsabilidad. Dos formas, contrastantes, de *ver el mal* triunfante en el prójimo: quien ve el sufrimiento y actúa y quien se entretiene imaginando las causas. *¿Con quién me identifico mejor, con Jesús o con sus discípulos? ¿A dónde me lleva la contemplación del mal? Encontrarme con él, ¿me lleva a condenar como malvados a quienes lo sufren o me da motivos para pensar en su salvación?*

Para ver el ciego debe obedecer una extraña orden de un completo desconocido. Jesús no pide fe, sino 'ciega' sumisión a su mandato. La luz llega enseguida a ojos ciegos; la fe, sólo tras un largo recorrido hecho de obediencia y testimonio. *¿No será que, porque me falta sumisión a Dios, no logro verme libre de mis males o sigo ciego a ellos? ¿No es mi indocilidad con Dios la causa de mi 'ceguera'? ¿Y no me dice nada que Jesús, antes de dar la fe a un hombre, liberó de su enfermedad al ciego?* Fe es una nueva, y regalada, forma de mirar.

Al ciego le bastó, para verse curado, una obediencia 'ciega'. Pare creer en Jesús se debe testimoniar lo sucedido, aunque el público, y la familia, se nos tornen hostiles. *Creer en Jesús no resulta nunca cómodo, ni socialmente retribuido. Quien cree, sea incluso de modo incierto y 'con pocas luces', no podrá obviar incomprendimientos y calumnias. ¿Qué precio estoy pagando por creer? Cuanto más alto el precio, más 'preciosa' mi fe.*

En la parte central, la más larga, del relato Jesús desaparece para que el ciego defienda la veracidad del milagro y la identidad del Jesús. Cuanto más defiende lo sucedido, mejor se expresa como creyente. Quedará solo con su fe, ganando enemigos y perdiendo a los propios padres. *Todos queremos ver, vernos libres de nuestros males; ¿estamos dispuestos a pagar el precio para, obteniendo más luz, perder la estima de los demás, familia incluida?* Creer en Jesús es gratuito, pero tiene consecuencias incómodas, hasta peligrosas.

En la enfermedad del ciego se manifestó el poder salvador de Dios: Jesús demostró ser 'luz del mundo' dando luz a quien nunca la había tenido. El mal tiene un sentido, aunque haga mal a quien lo sufre y piensen mal quienes lo ven. Dios es enemigo del mal en el hombre, como lo es la luz de las tinieblas. Donde vence el mal, el creyente sabe que es una victoria temporal, porque sabe que Dios está por venir allí, como tras la noche siempre amanece. *¿Qué juicio me hago sobre el mal en el mundo, en el prójimo, en mí? Mira el mal como Jesús, me acerco a los que están mal como él? ¿Convierto el mal que encuentro en ocasión para hacer el bien, como Jesús?*

III. ORAR: *desear que se realice en mí lo que he escuchado*

Mírame, Señor Jesús, como ciego que no ve su enfermedad. Descúbreme mi ceguera, que no la veo. Cúrame de mis males y encámíname hacia una fe en ti siempre más consciente de cuanto me das y de lo que me pides. Si es grande el don, ver por fin y poder verte, no es menos su precio, verme combatido y no creído ni siquiera por quienes más quiero. Toca, Señor, mis ojos y mi corazón. Dame la obediencia que me pides, por ciega e incomprensible que sea lo que me mandas. Hazme, Señor, testigo de tus maravillas. Sé luz para mis ojos y para mi vida. Como el ciego, también yo te digo: "Yo te creo, Señor".